

## DESTELLOS Y TERRITORIO. UNA ESCRITURA SITUADA.

Discurso de recepción del Premio Atenea 2021, a la Mejor Obra de Poesía, Universidad de Concepción, 2 de junio de 2022

**ROSABETTY MUÑOZ\***

SI ATENEA NOS CONVoca en esta ocasión, me arrimo a su figura para agradecer el honor que me otorga la Universidad de Concepción. En palabras de Robert Graves (1985), Atenea inventó la flauta, la trompeta y es la diosa que enseñó las “artes femeninas como el tejido, el hilado, la cocina, al tiempo que dirimía los conflictos armados sin escatimar valor”; entonces, con esa múltiple potencia, ella es una voz que se anuda a estas que me habitan y me convocan. Escribo a partir de un mundo donde lo doméstico ha sido fuego constructor de lo simbólico y se trenza con los hilos míticos que pueblan nuestro imaginario. Lo complejo de este universo, aparentemente pequeño, es fundamental, por cuanto me interesa abordar la escritura desde un sitio, una ubicación territorial, una cultura particular sin reducir contenidos ni cerrar fronteras, al contrario, aspirando a un diseño de mapa general que necesita esta pieza para completarse.

“A dónde voy llevo mi paisaje”, decía Pedro Lemebel (2018). Hablaba acerca de cimientos sobre los que edificó su voz narrativa y de cómo los nuevos espacios que se iban abriendo no borraban la poderosa marca de origen. Parfraseando, podría decir que soy un puñado de islas y mi poesía se interna como el mar interior, por los canales, fiordos, bahías en un oleaje que pretende seguir el ritmo de las mareas. No se trata solo del escenario. Cuando hablo de paisaje, me refiero a la disposición geográfica fragmentada, a los tratos con el mundo natural, a la configuración de un espacio mental. Escribir es comprometerse profundamente con las preguntas y visiones que nacen en este mundo de provincia, sureño, alejado de las grandes urbes, con un transcurrir temporal de bajo tono, con algunos males también enquistados como moho en los materiales más férreos.

\* Poeta.

Una mirada atenta se fija en la esquina mostrando su humedad de orines; en el muro y la carcoma de los humores callejeros; en los marcos de las ventanas, ese musgo que crece y sugiere un mundo ajeno y secreto respirando adosado al vidrio. Un mundo creciendo, palpitando allá afuera. Y están las bolsas de basura desparramadas en el suelo, el olor que emanan las carnicerías, la pena de las vitrinas pobres. En la noche se sueña con un pez reventado, aún agitándose sobre el muelle y que, encima, tiene rostro de niño. Todo esto es también el sur que habitamos. Atentos a su feroz belleza, no se trata de construir una retórica nostálgica ni resaltar las bondades de un supuesto paraíso. Esta poesía se interna en la materia viva y palpitante sin escamotear su detritus.

Considero que no hay tema vedado para la poesía, cada elemento del mundo es seductor, por lo tanto, solo me preocupo de tener encendida la curiosidad, el afecto y la ligazón con lo que me rodea; así van apareciendo temas o imágenes que no sé muy bien cómo lo hacen, pero van cuajando y se vuelven creaciones de lenguaje. Para escribir, escucho el habla de los que me rodean, sus voces (sobre todo la gente más antigua) tienen el peso de la madurez y arrastran saberes que necesitamos para vivir el presente. Por eso afirmo que mi escritura es situada: está comprometida y tejida con la humedad del paisaje, con la textura de las palabras sureñas, con las vidas que nos antecedieron.

## EL GESTO DE ESCRIBIR DESDE LA PROVINCIA

En la isla Quenac, a la que suelo ir, está faltando el agua. En el último viaje, tocaron a la puerta unos vecinos para “suplicar” gente porque harían un pozo profundo para la comunidad. Todo se enlaza, el pasado que enseñó a resolver los problemas en comunidad; el futuro de escasez, el presente aún esperanzado.

Pienso que la poesía no puede estar ajena a los acontecimientos del mundo. Pienso en una poesía que participa de la vida comunitaria como uno más de los oficios que ayudan al buen vivir. Labor de los poetas será escarbar en la realidad buscando las pepitas de oro del entendimiento y pulirlas hasta sacarles brillo para ofrecer a sus vecinos el tesoro que nos enriquece a todos.

Mirar el horizonte puede ser aterrador. Me ha tocado estar en medio de un golfo con oleaje feroz; mientras las olas azotan la frágil embarcación, uno mira en todas direcciones y no se ve tierra. Entonces es mejor fijar el ojo en el bote salvavidas, en las barandas, en la cabina, el capitán, el timón,

el pájaro disecado que tiene en el mesón de mando. No solo calma el estado emocional, sino que permite mantener el equilibrio y no marearse.

Mirando de cerca, centrándonos en la minucia, podemos ir sorteando el golfo. y, al mismo tiempo, desarrollar una escritura / ruta de navegación que pone atención a los pequeños detalles, en la aparente simpleza de las vidas de los isleños, en las frases gastadas plenas de vida a pesar del deterioro, como los trajes de los santos en las capillas. Una escritura fiel a su mundo particular, pero que pueda ser leída en la amplia mesa de la literatura sin apellidos.

Me gusta pensar en una especie de marco general, una metáfora de la navegación como escritura. Este poema da cuenta de la experiencia convertida en poética.

#### RESTOS MARÍTIMOS

Frente a la Piedra de Achao  
quedamos al garete.  
Soy niña y recuerdo  
cómo aparecían y desaparecían a lo lejos  
las luces del poblado.  
Las mujeres lloraban.  
Los hombres permanecían en silencio.  
Yo estaba extrañamente más allá del bote,  
unida al oleaje.  
De algún modo, también furiosa y húmeda  
flotando lejos de todos ellos  
tan débiles, tan temerosos.  
*(El bote se va solo hacia allá, singando.  
Uno se aferra al timón mirando un solo punto:  
la Isla de los Muertos)*  
(de *Misión circular*, 2020)

#### EN LA BOCA TIENE EL ALMA UNA DE SUS PUERTAS

Cuando era niña me impresionó el cuento “Las Hadas” que escuché varias veces de boca de mi madre en las largas noches de invierno, cuando teníamos el privilegio de su voz elevándose por sobre el ruido atronador de los temporales. También lo escuché en la escuela, en esa escuela primaria que construía nuestra educación sensible con un cuerpo de lecturas significativas, elegidas para formar almas en el sentido mistraliano y no para

entretener, como se oye tanto en los pasillos de la educación de hoy. Para los que no lo conocen, el relato cuenta la historia de dos hermanas con el típico binarismo de “la buena” y “la mala”. Una de ellas, sacrificada y abusada por una madre déspota, va al pozo a buscar agua y se encuentra con una andrajosa anciana a la que le ofrece agua fresca con buena voluntad. La anciana, en realidad, es un hada y la premia por su actitud generosa con un don: cada vez que hable, saldrán de su boca piedras preciosas. La hermana mala, va también al pozo esperando recibir el mismo don, pero su actitud engreída y arrogante provoca que el hada la maldiga con la disposición de que cada vez que hable, salgan de su boca sapos y culebras, todo tipo de bichos repulsivos.

Aún con el evidente afán moralista, que podrían discutir algunos, para mí este cuento quedó grabado en la niña de entonces, que todavía me compone, por la relación férrea que establece entre las palabras y la ética. La boca como abertura que deja salir lo que nos representa, que dice quiénes somos, de qué materia estamos hechos.

También recuerdo que mucho más adelante, por unos años, tuve pegado en la pared del lugar donde escribía, un pequeño relato que servía de timón –otra vez lo marítimo– para cuando las dudas eran oleaje que me arrastraba como a piedra sin pulir.

El viejo y cansado maestro estaba con miedo de que aquel penoso trabajo le impidiera terminar lo que reputaba la obra maestra de su vida: la sombra de una azucena. Sin embargo, continuó pintando sus diosas galantes hasta cubrir todos los muros y, en cambio, careció de fuerzas para dar forma a aquella sombra. (“La sombra de la azucena”, kraus, 2022)

He dedicado mi vida a permanecer alerta a la pasión original sin dejarme conquistar por las palabras que buscan aprobación, o que pueden apartarme de la sencillez honda, de la integridad (o aspiración a ella) porque, a pesar de las dudas –siempre bienvenidas– hay un peso de la voz que viene desde los mayores, un sentido de pertenencia que señala huellas, caminos recorridos por otros mejores.

A RIMBAUD

*Para volver a vernos mañana, como siempre.  
(Inscripción en Nicho 31, Cementerio de Valdivia)*

Si supieras, Rimbaud  
cómo está la vida en estos días

volverías a irte  
y con los nuevos adelantos,  
le darías unas cuantas vueltas  
a nuestro pobre mundo.  
Porque es verdad que todo es difícil.  
Es verdad que solemos pasear nuestra precariedad  
en los colectivos  
gritando por la salvación del alma.  
Es verdad que nuestros cementerios crecen  
los llenamos de flores  
y mandamos a escribir las esperanzas en cemento.  
Y es verdad, también,  
que necesitamos fuerzas como la tuya  
para tomar por asalto la poesía.  
Sí, seguimos sufriendo por las mismas cosas.  
Pero tú elegiste meterte de cabeza en el engranaje  
declarando inalcanzable la maravilla  
y nosotros solo deseábamos  
que hayas estado equivocado  
o que algún resabio de perversidad  
te haya hecho callar otra verdad definitiva.  
Porque, Rimbaud,  
el hombre no puede ser tan poca cosa.  
(De *Misión circular*, 2020)

El que escribe convencido del poder de la palabra, se hace cargo del revés de las cosas, de los intersticios, de esa parte de la realidad que no quieren ver los festejantes del sistema. Quiero decir que no somos, o no debiéramos ser, los escritores de hoy, vivientes del sur, los defensores de una visión bucólica; no somos y no debiéramos ser los guardianes de un supuesto paraíso natural donde los seres humanos son mejores que en el centro o las grandes urbes. Más allá de los estereotipos y prejuicios, nuestro esfuerzo ha de ser “decir el sur”, pero este, con las puntas afiladas, con todas sus impiedades y también maravillas.

Escribir acá, en el sur, es apenas una seña más de una identidad que el centro siempre ha mirado con sospecha. Los escritores que hemos elegido quedarnos, estamos en permanente estado de alerta para no dejarnos atrapar en las categorías que nos sitúan y etiquetan. La condición de provincianos sureños, no es una bandera, por cierto, pero tampoco es un lastre y tal vez sea, incluso, una ventaja: tenemos el salvaje espacio natural y despiadado, para recordarnos cómo se nos arrojó desde el principio a una vida áspera y bella. Y tenemos también la demora del tiempo –o de la

ilusión del tiempo– para notar las imperceptibles huellas que va dejando su transcurrir. Uno puede aquí usar el ojo como un lente de microscopio para examinar, ver, una sección del tejido en descomposición y dedicarse a su análisis; declarar, recrear, denunciar el estado de la lesión. Reparar, incluso. ¿Por qué no? Las palabras, desde muy antiguo, han sido también sanación para muchas sabias comunidades.

Ningún movimiento en el follaje.  
Ni pájaros baten alas  
ni suena el río en su tajo.

Se diría un cristal enverdecido  
esta tarde ardiente.

A orillas del mar  
soldaditos montan  
a las chicas del pueblo  
mientras espían los hijos  
de contingentes anteriores.  
Son niños sin barcos  
cruzándoles las pupilas.  
Nada les ilumina más  
que el hallazgo de una rata viva  
a quien sacarle los ojos.

(De *Ratada*, 2005)

Todo esto es también el sur que habitamos.

Entre las ideas que se pueden tirar al ruedo desde estos lugares, tenemos que rastrear la posibilidad de autonomía por estar fuera del centro, sin esa desesperación por mantenerse al día, en la vertiginosa disolución de las novedades. Y la necesidad de establecer otros espacios de goce y desesperación: los nuestros. Pensamos desde la percepción de ser islas de comprensión de la realidad y tener esa humildad del musgo o de los hongos, de las pequeñas plantas que son imprescindibles para la riqueza del bosque, para nuestra sobrevivencia. Nuestro desafío es mostrar, y cito: “imágenes de la devastación, otros simios como yo hundidos en pueblos abandonados” palabras de Cristian Geisse (2021). “La cosa es en serio” dice, “hay que dibujar de nuevo los mapas”.

Hablamos del pensamiento comprometido en combatir la colonización, atentos siempre para terminar con la idea de sujetos en estado puro, sin contaminar. Pero también con la condescendencia o la tentación de ser incluidos en cupos reservados.

## LA MANO. SE ESCRIBE YA PERDIDO EL LAZO INICIAL CON LAS COSAS

“Toda la tierra tenía una sola lengua y unas mismas palabras”, así leemos en el Génesis bíblico y este texto tan cercano a mi propia cultura con su alusión a un tiempo mítico en que las cosas y las palabras estaban unidas, me sigue palpitando. Tengo también ese deseo por encontrar un sentido primordial a las palabras, verlas como un poderoso lazo cuyo fin es envolver amorosamente el mundo. Sin embargo, cada vez es más evidente que ese cordel está roto y tratar de remendar, recomponer, está en el centro de mis preocupaciones como poeta, trabajadora de las palabras.

Lo primero fue oral, también para mí en la primera infancia escuchando relatos y conversaciones de la gente más antigua. Voces que han seguido presentes como el agua de un cauce que corre paralelo a lo escrito más cargado de secretos, con una densidad subterránea que va arrastrando claridades y desperdicios. Hay que poner oído a ese magma que está en la boca de los mayores, que se ha sostenido a través de generaciones, que a veces parece perdido, pero se las arregla para flotar sobre todos, entre todos. Igual como los ríos, a veces se adelgaza, parece secar su caudal, sin embargo, unido como está al origen, basta con entregarse a lo natural, para sentir que somos parte de un todo y que cada gesto nuestro tiene un sentido en la composición mayor. Quiero decir que una buena parte de mi crianza ha sido en comunidades pequeñas donde lo colectivo es fundamental tanto para la sobrevivencia concreta como para el tramado de un imaginario.

Cuando Byung-Chul Han (2014) habla del hombre de hoy y lo identifica con una nueva masa que se ha formado en las redes sociales e internet, dice que los individuos que se unen en un enjambre digital no desarrollan ningún nosotros; el enjambre no es coherente, no se manifiesta en una voz y por eso es percibido como ruido. Una masa de soledades –diría Juan Luis Ysern, obispo emérito de Chiloé– que producen una bulla parecida a las palabras, pero no tienen la vocación de la comunicación. No hay un espíritu, un alma. Y ahora, cuando estamos a las puertas de un cambio en este modo de ver las cosas, es inevitable hacer el símil con la Torre de Babel, ese barullo donde cada uno trata de hacerse oír en el enjambre; cada uno expone en lugar de escuchar o realmente poner su capacidad en comprender a los demás.

El deseo de encontrarnos alguna vez completos en las palabras que escribimos o leemos, encontrar eso que somos y que con palabras se construye, es un afán que sostiene la escritura.

En esta maraña de voces que ocupan los espacios públicos y privados, el esfuerzo de la poesía es escuchar la voz propia. Dejarnos tomar por el silencio para escuchar quiénes somos en realidad y desde ahí salir al encuentro con otros.

El susurro se interna  
en los pabellones delicados del oído:  
teníamos desapego por el éxito personal  
por el dinero.  
Pero no queremos una vejez arrinconados  
sin parte  
en todo lo que es bello.

Solo un momento se ha roto  
la armonía total del mundo.

El nuevo territorio está abierto, dice Ligia  
(De *Ligia*, 2019)

Como la mirada poética revela las ocultas relaciones amorosas entre las cosas, su poder está en construir imágenes que titilen y sigan alumbrando aunque no sea en primer plano; imágenes que actúen como silencio y reserva también. Pienso en esa palabra que se hincha con la humedad ácida de estos días y luego es capaz de volver inteligible el sentido profundo, la piedra feliz del entendimiento.

Adriana Valdés (ver Academia, 2020) habla de titubeos en el lenguaje como un momento estimulante para el pensamiento. Cómo decir. Un momento de construcción, de elaboración de un lenguaje común no con la lógica del adversario, sino con el esfuerzo de remiendo, restablecer el tejido para poder construir un diálogo. Intentar con las palabras una articulación frente al desamparo. Si la poesía no sirve para reunirnos, para vincularnos con nuestro entorno y actuar ¿para qué sirve?

El tanteo, entonces, como despliegue por los intersticios del orden establecido, de la legitimación de ciertas formas. Estamos invitados a revisar las viejas estructuras, sacudir el polvo y remecer las estanterías.

La poesía se trata de palabras cargadas con una visión de mundo, se trata también del silencio necesario, del deseable sosiego para vivir en comunidad. Se trata del diálogo. Se trata de preguntas y de incomodidad. Se trata de formar parte aún desde el espacio de la duda. El verdadero puente son las palabras –me digo–, el territorio mayor del que me siento ciudadana, es



la materia del amor encarnada en las personas y su interminable hondura.

El creador logra, a veces, desplegar un eco que se suma a otros destellos y algo nos ayudan a comprender, establecer un diálogo con otros, que supera la palabra porque se nutre del origen, porque alude al orden total del universo y, aunque sea en chispazos, ilumina parte del enigma que somos.

Se termina esta parte de la historia.  
El fiscal sigue dando la hora a campanadas.  
En este valle de lágrimas algo se acaba.  
y no hay fanfarria ni discursos.  
Hubo imágenes de alerta  
–no podemos quejarnos–  
niños corriendo con calaveras en las manos  
el incendio del Lidia que dejó un forado ennegrecido  
y el pez con ojos de niño recién nacido.  
Hace ya tiempo que los dolientes  
se habían desentendido de sus muertos  
y que los hijos pusieron en venta las casas de sus padres.  
Abriré la boca y pegaré los labios al confín de las raíces.  
Mi voz contra la tierra ahogada.  
Que el silencio actúe como concha de ostra  
mientras dentro de sí se concentra la materia de una perla.  
Desde ahora.

(de *Técnicas para cegar a los peces*, 2019)

Entonces, concibo la escritura como un ejercicio ligado a nuestro presente, siempre atentos a la búsqueda de esa voz que nos trenza con otros para mejorar el mundo que vivimos. Hacer poesía como otros forman personas, siembran en la tierra, cultivan frutos, construyen puentes; trabajar con las palabras para decir y comunicar en la forma más diáfana posible aun cuando sabemos que la materia prima es umbría.

Está todavía latiendo la materia del afecto. Allí es donde debiéramos volver, esa es la trama verdaderamente necesaria.

Las palabras nos construyen; ahora necesitamos palabras para decir estos días y los venideros, palabras útiles como hacha de mano o un martillo. Palabras que nos permitan vivir pero también crear futuro. Aquí es donde tiene que estar hoy la poesía, en imaginar un nuevo país, un nuevo archipiélago.

Decir quiénes somos y hacia dónde vamos.

## REFERENCIAS

- Academia chilena de la lengua (2020). *Sexo, género y gramática. Ideas sobre el lenguaje inclusivo*. Catalonia.
- Geisse, G. (2021). Ponencia Congreso de Escritores de pueblos abandonados, Punta Arenas.
- Graves, R. (1985). *Los mitos Griegos I*. Alianza.
- Han, B-C. (2014). *El enjambre*. Herder.
- Kraus, R. (2022). *La vida privada y pública de Sócrates* (trad. de Miguel de Hernani, prólogo de Manel García). Arpa Editores.
- Lemebel, P. (2018). *No tengo amigos, tengo amores (extractos de entrevistas)*. Alquimia.
- Muñoz, R. (2005). *Ratada*. Lom.
- Muñoz, R. (2019). *Técnicas para cegar a los peces*. Editorial Universidad de Valparaíso.
- Muñoz, R. (2019). *Ligia*. Lom.
- Muñoz, R. (2020). *Misión circular* (antología, edición y notas de Vicente Undurraga). Lumen.